

MINICRÓNICAS

Franky J



Capítulo 1

UN MINUTO PARA SER OTRO

(Nov. 28 de 2018)

Acabo de dejar mi currículum sin gran expectativa, en aquella casona reformada como oficinas de empleo. Bajo por la 70 llegando a la carrera 16, absorto en mi habitual manía de observar sus casas de estilo inglés, sus chimeneas y salientes ventanales rectangulares, sus rejas de hierro, sus garajes con puertas de madera, a veces descascaradas, a veces bien pintadas; sus ladrillos bermejos, su ocasional y verde hiedra. Siempre imaginando las vidas de sus antiguos y aristocráticos dueños sepultados en el tiempo, bellas moradas ahora sedes empresariales, institutos de mediopelo o furtivas casas de citas. En la siguiente esquina, un indigente se cruza en mi camino. Más de un transeúnte mira de reojo o ignora aquel desterrado de la vida, indiferente entre la anónima urbe.

Es una mañana soleada pero triste para mí, y sólo por saber un poco, me detengo en uno de esos lóbregos mundos que saben del frío de las calles y de una sociedad que les dio la espalda, condenado por un vicio que le arruinó, y sin embargo tan persona hoy como antes, para haber probado viejos soles de alegría. Le doy unas monedas y acaso oídos, como un viejo amigo, indagando cómo terminó así, sin temor alguno a que me ataque o robe. Detenido antes de marchar a mis guerras privadas del día, unos segundos para un desconocido tras la suciedad, que siente como tú, yo o aquel; para no perder un instante de humanidad, en un mundo de caras duras... y caraduras.

Capítulo 2

CIUDAD MACABRA

Repta una larga y asfaltada boa citadina, y sobre ella rojas y obsoletas bestias a Diesel, adefesios mecánicos en plena era de energías limpias, engendros de tecnócratas adictos a la corrupción y al concreto con el que arrasan parques enteros. Una vergonzosa capital sin metro, retrasados autobuses que en cada estación devoran el ganado del sacrificio diario, aquellos citadinos de caras adustas, apretujados, carcomidos de afán insolidario, entre el miedo a ser asaltados o llegar tarde a su trabajo y perder sus puestos. Esperan en las jaulas de las paradas, rutinarias ruedas en que malgastan minutos de vida.

Grisés de asfalto y cielo se juntan con raídos habitantes de la calle: El otrora sector del "Bronx" -compendio abyecto del bajo mundo, de droga, terror, asesinatos y entierros clandestinos-, se ha desperdigado en cientos de cambuches por las vías capitalinas. Donde la vida no valía una súplica, ni jamás serían noticia para los ciudadanos "de bien" que bien podían dormir en sus cálidos hogares. Demolido para hacer un parque, ahora base de malandros a tres cuadas de la Casa de Nariño: esa guarida de aun peores hampones, que de alta costura cubren su baja moral en un país embrutecido de violencia crónica. Nariño, un olvidado prócer traductor de unos "Derechos del Hombre", letra muerta y burla de una republiqueta gobernada por dos siglos de cínicos payasos.

En otra acera, duerme su voladora letal un indigente, succionando el envase con un inveterado pegante que le destroza los pulmones. La mal llamada "limpieza social", sin rostro ni rastro ruge exterminadora: Pasan los agentes de la ley de un árbol podrido sin manzanas ejemplares, elefantes sin sombra y traficantes de la muerte que atizan avalanchas de condenados.

El antes "chic" Chapinero, con edificios desconchados y ropa en las ventanas, es marcado por la inapelable ley del tiempo; la transitoriedad y el resbalón a un más bajo escalón de pobreza. Mientras tanto, resentidos sociales de alta cuna y arribistas de gustos traquetos se revuelcan entre dinero sucio del saqueo estatal y del narcotráfico. Y entre las cloacas-ratonera de ríos canalizados en avenidas, acecha la indigencia de temibles y ajadas caras, puñales y trapos sucios; zombis de inframundo sin esperanza de redención

(1997... actualizado 2023)